



1.

Como la ciudad de Buenos Aires, también el psicoanálisis tuvo más de una fundación en este rincón de Occidente, y si la primera fue protagonizada por el círculo reducido de los iniciadores de la Asociación Psicoanalítica Argentina en los cuarenta, hubo por lo menos otra que se cumplió abiertamente en el paisaje intelectual de los años sesenta.

De allí nace la autonomía, pero también las dificultades, de una historia *intelectual* del discurso psicoanalítico con respecto a las vicisitudes internas al "movimiento", es decir al relato bio-

gráfico de un círculo cerrado en torno de la administración y el ejercicio de la disciplina fundada por Freud. Justamente, la posibilidad misma de una historia intelectual tiene como condición la separación que se establece entre un psicoanálisis profesionalizado y replegado sobre la propia organización, que sólo podría conectarse con temas de la sociedad desde la posición del "experto", y un psicoanálisis *centrifugo*, que desborda los centros y las pertenencias (y al que, por lo tanto, le cabe mal la fórmula "en extensión") porque emerge directamente en la cultura intelectual y se cruza con otros discursos en función de un marco de constitución de proble-

mas que no es —por lo menos directamente— evidente para la lógica de la organización profesional.

Si el psicoanálisis ha alcanzado esa extensa visibilidad en la cultura de los argentinos, si ha quedado convertido en un rasgo tan típico de nuestra ciudad, es un hecho que las condiciones y las vías de su implantación, nacieron hace aproximadamente tres décadas. Esa elemental periodización debería atenuar el alcance de las intuiciones esencialistas con que algunos han intentado aprehender esa presencia del psicoanálisis más allá de la historia, remitiéndola a algún rasgo profundo y esencial del ethos argentino, que se revelaría, por ejemplo, en el tango, el truco o la nostalgia inmigratoria.

A partir de esa ubicación, entonces, se hace necesario reconocer la importancia de un "clima de época" en la expansión inicial de los nuevos discursos y prácticas inspiradas en Freud. Y si se trata de reescribir la historia reciente del psicoanálisis en sus relaciones con la cultura —sea la cultura intelectual o la de masas—, volver sobre esa "segunda fundación" debería permitir tanto iluminar las transformaciones del campo —correlativas al cierre del ciclo sesentista— como interrogar los mitos contruidos en torno de esos orígenes.

Por otra parte, un análisis histórico de esa relevancia que el psicoanálisis alcanzó en franjas del campo intelectual, dentro y fuera de la universidad, en nuevas instituciones y publicaciones, y en alguna celebrada experiencia de reforma del dispositivo de la salud men-

transformación, en el cual los temas del "malestar" y el cambio subjetivos alimentaban un clima intelectual de opinión sensible a la renovación de discursos, insatisfecho frente a las experiencias del pasado y confiado en el papel de la inteligencia para enfrentar los desafíos de la época.

Pero si había en aquellos años vocación por lo público, abarcaba bastante más que la "extensión" hacia lugares institucionales (universidad, hospital, medios de comunicación) en los que aún hoy el psicoanálisis prolifera; implicaba la pretensión de asociarlo a los valores y los problemas que interesaban a todos. Allí radica el papel de la *universidad* de esos años, altamente simbólico en la promesa de proyectar al psicoanálisis a un espacio general de conocimiento y de valores. Y más allá de lo que dio la universidad, anunciaba un lugar de producción de saber construido y socializado en un marco institucional democrático y una vía de derivación de ese nuevo conocimiento hacia la transformación de la sociedad. Virtualmente, esas iniciativas, aunque circularan en un ámbito grupal bastante reducido, aspiraban a encontrar un público socialmente ampliado; Bleger, nuevamente, encarnaba bien esa tendencia ampliatoria en lo teórico, a través de la relación con el marxismo, pero también en lo social e institucional a través del rol proyectado del psicólogo como profesional actuante en el espacio público.

En todo caso, lo que ofrecía esa versión proyectada del psicoanálisis como "nueva psicología" era justamente la perspectiva de integrar fines privados de autonomía y autorrealización con la dimensión pública de una apropiación rectificadora en el plano cultural que tuviera efectos socialmente reformistas.

4.

Por otra parte, ese espacio renovado de ideas y demandas se ligaba a un público nuevo, que sostuvo el boom editorial y de publicaciones psi entre 1959 y 1974. La simple inspección de los catálogos de Paidós, Nueva Visión, Galerna, Kargieman, Granica o Jorge Alvarez, entre las más relevantes, pone de manifiesto la expansión correlativa



de autores y de público y la común construcción de eso que Oscar Terán ha llamado una "sociedad de discurso". Ello suponía no sólo el privilegio de la palabra y del argumento, sino la confianza en la reformabilidad de la sociedad y la creencia en la autonomía y la eficacia del conocimiento. La voluntad de construir un saber aplicado a transformar lo existente presuponía la capacidad de los actores intelectuales y técnicos para intervenir y orientar el sentido de esas transformaciones.

En ese marco, Freud, más que el psicoanálisis como disciplina y movimiento, fue el punto de convergencia de iniciativas provenientes del campo intelectual, en particular desde el pensamiento filosófico. Pero, en ese cruce de caminos el discurso freudiano no era un centro de captación y borramiento de las diferencias de proyectos intelectuales sino un punto, virtualmente transitorio, en el que se llegaba a Freud desde itinerarios teóricos que no abando-

naban un lugar diferenciado respecto del campo psicoanalítico. Ese es el clima de una recepción intelectual de Lacan —que no hubiera podido ser incorporado desde el marco de la organización psicoanalítica— sintonizado a la vez en la longitud de onda del estructuralismo a la page y en el estado de insatisfacción y demanda instalado en el psicoanálisis, entre otras cosas por los efectos "centrífugos" de ese encuentro con los discursos de la cultura intelectual crítica. Como prueba de ello, el primer artículo de Oscar Masotta sobre el autor de los *Ecrits*, "Jacques Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía", de 1965, es un intento de dilucidación que debe referirse simultáneamente al marxismo, a Sartre y la fenomenología, al estructuralismo y al impacto de todo esto sobre el psicoanálisis. Y la circunstancia de que haya sido publicado por primera vez en *Pasado y Presente*, la revista de los gramscianos expulsados del Partido Comunista, muestra la fluidez de un campo intelectual en el que se cruzaban corrientes teóricas, posiciones ideológicas y opciones políticas.

Todo eso fue posible, además, porque la dinámica de cruce y expansión del psicoanálisis tuvo consecuencias dispersivas en el propio campo profesional. Jorge Balán lo ha señalado en el nivel del *mercado*: el estallido de las demandas resintió tanto la centralidad y el monopolio formativo de la APA como la "ortodoxia" técnica de las prácticas. Desde mediados de los sesenta comienza a ser admisible el presentarse como practicante del psicoanálisis sin pertenecer a la institución oficial. Y en la medida en que el espíritu de innovación y la apuesta por el cambio se introdujeron en la asociación de los psicoanalistas, las presiones hacia una reforma de la institución inevitablemente debían enfrentarse a los criterios y los procedimientos imperantes. En ese sentido, la vieja organización, atada a los patrones de la corporación internacional y replegada sobre la defensa de la pirámide y las prerrogativas del poder, no podía mantener su papel en medio de las iniciativas innovadoras que, al mismo tiempo, se acompañaban de un clima crecientemente enfrentado a las jerarquías y a la primacía del orden insti-

tucional. Si todo ello no dejaba de tener consecuencias en el plano de la organización, en el sentido de un efecto contestatario e impugnador, no necesariamente debía conducir al cisma de 1971. Efectivamente, para que se instale el ánimo rupturista será necesario que la razón política, bajo la forma dominante de una voluntad revolucionaria, imponga la lógica de la guerra sobre los conflictos del sector.

5.

36 Dos fueron los ámbitos en los que impactó esa peculiar renovación de un psicoanálisis tensionado hacia fuera del orden "interno" a la organización: los proyectos y experiencias de modernización del dispositivo de la salud mental, y el "encuentro" con franjas críticas del campo intelectual. En el primer caso, está pendiente la evaluación de sus consecuencias, pero en todo caso en las marcas actuales de esa implantación del psicoanálisis en el hospital público hay evidencias de la profundidad irreversible de esa renovación iniciada hace más de dos décadas, más allá de que el perfil del psicoanálisis implicado haya adquirido, a partir de la hegemonía lacaniana y de un distinto "clima de época", un rostro difícilmente reconocible a la luz de las ilusiones que dominaron esa proyección en sus comienzos.

¿Qué decir de la relación con los intelectuales desde aquellos comienzos? Es claro que la principal dificultad para empezar a abordar con algún fundamento esta cuestión radica en que exige considerar lo sucedido con esa trama de vínculos durante la década del setenta y hasta los comienzos de la transición democrática. Y esto supone incluir demasiados problemas: comprende trayectorias diferentes, está marcada por la brecha del exilio, pero, sobre todo, no puede separarse de la historia accidentada de la cultura intelectual de izquierda y sus protagonistas. De cualquier manera, ya en el momento de la fractura de la APA, estaban establecidas algunas líneas divergentes respecto del clima "ideológico" que globalmente había caracterizado esa zona de encuentro en la década anterior.

En esa zona intelectual permeada

por el psicoanálisis coexistían mal la politización y el camino de relectura marxista de Freud —en el marco de la construcción de instituciones alternativas de formación y producción en psicoanálisis— con la recepción de la obra de Lacan; y ninguna de estas revisiones de Freud podía, por otra parte, congeniar con las ideas que habían impulsado la apropiación humanista del psicoanálisis en los sesenta. En un período relativamente breve se abre una disputa profunda sobre la significación del psicoanálisis que ya no tiene a la APA como blanco principal. No se trata de un proceso de brusca recolocación de temas y protagonistas, ni de una separación nítida; por otra parte, la irrupción del terrorismo de estado trastoca profundamente la composición de esas zonas de intercambio y altera la dinámica propia de procesamiento de los encuentros y las diferencias.

Algo había empezado a cambiar, entonces, en un escenario en el que coincidían, por el azar de la historia, dos procesos de distinto carácter. Por una parte, el revolucionarismo político de la izquierda psicoanalítica y, en muy pocos años, la represión ilegal desatada sobre esos espacios "públicos" abiertos en los hospitales y la universidad. Por otra, el perfil particular que adquiere la recepción del lacanismo y su implantación casi hegemónica en el campo psicoanalítico. ¿Es que Lacan vino a clausurar esa apertura del psicoanálisis a la sociedad y la política encarada bajo la atmósfera sesentista? Es ya un lugar común responder afirmativamente; y sin embargo es un hecho que durante un período relativamente corto Lacan y Lenin, con Althusser oficiando de mediador, coexistían sin problemas en el Centro de Docencia e Investigación, el centro de formación en psicoanálisis en el que se nucleaban la mayor parte de los renunciados a la APA. Para comenzar a pensar las transformaciones que se dieron en los setenta —antes y después del golpe dictatorial— en esa trama de "encuentros" entre psicoanálisis, cultura y política, hay que reconocer que entre el ascenso y la caída de la "politización", por una parte, y el proceso de "lacanización" del psicoanálisis porteño, por otra, no se establecen relaciones —ni oposiciones— simples y directas.

En el comienzo de los setenta el sartrismo y sus variantes habían sido arrojados a un lugar marginal en la escena intelectual del psicoanálisis, mientras Lenin o Mao capturaban un imaginario político rápidamente ganado por la vague "antihumanista". Si se trata, entonces, de abrir la pluralidad de significaciones implicadas en la implantación del lacanismo es necesario atender a las condiciones cambiantes del "terreno" de esa implantación, a la vez del psicoanálisis y de la cultura intelectual crítica, en un momento de aguda transformación.

Aquí debo anticipar una hipótesis indicativa: en esos años se cierra el ciclo de los sesenta y se inicia una nueva y compleja *refundación* intelectual del psicoanálisis, en un escenario disperso en el que la universidad había perdido su papel central y en el cual la cuestión de la "formación" (o la "transmisión"), inherente a la propia disciplina y relegada respecto de intereses públicos, desplazaba la importancia antes atribuida a las "experiencias". En ese período transicional anidan latencias cuyos efectos múltiples se desplegarán en la escena de los ochenta. Nuestro lacanismo —con sus a menudo inescrutables divisiones y matices— no es pensable, en sus efectos sobre esa zona de encuentro con el campo intelectual, sin advertir que es, en parte, efecto de ese nuevo ciclo.

6.

Llegado hasta aquí, quisiera sobre todo contribuir a un inicial relevamiento de los interrogantes pendientes. Es común abordar la cuestión de los intelectuales —no sólo en la Argentina— contrastando las ilusiones transformadoras de los años sesenta con el conformismo de los ochenta. Para el ámbito de problemas que vengo considerando, antes que insistir en oposiciones que por el momento sólo alimentan nuevos mitos, es preferible volver sobre ese período intermedio, verdadera encrucijada de cambios con extensas consecuencias sobre el campo psicoanalítico y sus vinculaciones con el campo intelectual. La misma adscripción al discurso psicoanalítico queda sujeta a una disputa por el sentido, y, de un modo inédito, se

desplaza a la defensa de una *ortodoxia*, lo que se distancia del clima anterior de apertura ecléctica e innovación. Y si el lacanismo emerge finalmente acentuando rasgos de dogmatización del discurso psicoanalítico, hay que recordar que un componente análogo de cerrada autoevidencia formaba parte del rélevo que la construcción althusseriana intentaba realizar sobre la obra de Marx y que, por extensión, fue proyectada sobre la de Freud.

Si esto es así, hay que repensar lo sucedido bajo la dictadura militar de modo menos proclive a atribuir al terrorismo de estado efectos directos sobre un mapa de problemas teórico-intelectuales que ya estaba instalado. En un trabajo anterior,² tratando de explicar la "hegemonía" lacaniana establecida desde mediados de los setenta, acentué el papel cumplido por el vacío que la dictadura produjo al borrar otras experiencias y clausurar espacios más públicos de práctica y formación, y conjeturé que sin esa intervención traumática otro sería el panorama contemporáneo. Hoy, más bien, me inclino a atender a las condiciones que estaban presentes antes de 1976, para buscar explicaciones "internas" al campo de relaciones del psicoanálisis con la cultura intelectual. En ésta como en otras zonas de la historia intelectual reciente, las hegemonías de los discursos y las corrientes de ideas han mostrado una autonomía básica respecto de las vicisitudes, aun las más traumáticas, de la historia social y política. Y si la rectificación marxista del freudismo, iniciada con la ruptura de la

APA, perdió terreno rápidamente, no puede desconocerse que allí operaban, antes de instalarse la represión externa, dificultades inherentes al propio planteo revisionista en su subordinación a la razón política.

Queda pendiente, entonces, el rastreo, en ese período, de algunas de las disyuntivas actuales: el repliegue sobre la propia organización (así sean las innumerables escuelas y círculos) o el "descanto" con la política de la inteligencia; en cualquiera de los dos casos ya no se sabe desde dónde definir tareas intelectuales ni con qué cruzar el discurso del psicoanálisis. Aquella "trama" con zonas del campo intelectual ha devenido más bien una adscripción directa a un discurso psicoanalítico con vocación expansionista, que se ha "tragado" las diferencias disciplinarias y ha crecido a expensas de los discursos filosófico, literario o social. El *psicoanalista* como "experto" ha retornado por sus fueros, y no sólo por su presencia en los medios y la divulgación (al estilo Mauricio Abadi), ya que el lugar clínico del psicoanalista ha tentado a una buena parte de los intelectuales que se habían cruzado con el discurso freudiano. Quizá haya que pensar, por la generalidad del fenómeno, en un encuentro parcialmente "fallido" en el que se pierde el polo de la interrogación propiamente intelectual en la relación; pero si esto es así, o bien algo fallaba ya en la propia perspectiva inicial del "acercamiento", o algo se modificó en el camino, en ese ciclo intermedio al que me veo obligado a referirme una y otra vez.

La situación actual se distingue tanto de la *trama* que ligaba en los sesenta al psicoanálisis a ciertas tareas intelectuales como de las convicciones que en los setenta lo integraban, subordinado, a las certezas del discurso revolucionario.

Se hace difícil hoy señalar siquiera sus proyecciones intelectuales, mientras el psicoanálisis está por todos lados como un proliferante sistema de creencias. Más allá de que pueda haber potencialidades insospechadas en muchos espacios dispersos de reunión, intercambio y formación, y aun cuando pueden estar procesándose cosas que recién aflorarán más adelante, el momento actual impresiona como una etapa de conservación, de encierro y predominio de una disposición reproductiva en lo discursivo y en lo institucional. En ese marco, no extraña el retorno de la organización en las corrientes mayores del psicoanálisis, tanto en las asociaciones de la IPA (que mostraron su fuerza en el Congreso Internacional realizado en Buenos Aires) como en la internacional milleriana. Son los tiempos de la institucionalización y los sueños de la organización —en un campo tan disperso y extendido que se hace inabarcable— buscan imponerse sobre el riesgo de las ideas; mientras tanto, la escena está a la vista: ausencia de debates, ninguna obra significativa, empobrecimiento discursivo, repetición interminable de las mismas certezas.

2. H. Vezzetti, "Situación actual del psicoanálisis", *Punto de Vista*, número 19, Buenos Aires, diciembre de 1983.

Revista de crítica literaria latinoamericana

Dirección: Antonio Cornejo Polar
Av. Benavides 3074, Urbanización La Castellana, Tel.
456353 - Lima - 18 Perú.

HISPAMERICA

SAUL SOSNOWSKI

5 Pueblo Court Gaithersburgh
MD 20878 USA

Tarifas de Suscripción

Bibliotecas e Instituciones U\$S 21
Suscripciones individuales U\$S 30
Patrocinadores U\$S 30
(Excepción Año 1 N°s 1, 2 y 3 U\$S 25)